

Juan Wesley y la Reforma Radical (4/6)

Dr. Justo L. González



Universidade Metodista de São Paulo
São Paulo, Brazil
mayo de 2016

Juan Wesley y la Reforma Radical (Wesley en Diálogo con la Reforma 4/6)

En las tres conferencias anteriores hemos discutido tres tradiciones que se derivan de la Reforma, y acerca de las cuales la mayoría de los comentarios de Wesley son positivos. En primer lugar, aunque Wesley difería de la tradición luterana en los puntos que hemos visto, siempre se consideró heredero de Lutero. Luego discutimos la relación entre Wesley y Calvino, y vimos que, al tiempo que Wesley difería de la ortodoxia calvinista que había surgido en el siglo XVII, en buena parte de su teología concordaba con Calvino. En tercer lugar, nos acercamos a la tradición anglicana, de la cual Wesley era fiel hijo, y de la cual nunca quiso separarse. Pero esas tres corrientes no eran todo lo que había surgido de la Reforma. También había surgido de ella la Iglesia Católica tridentina, que tomó forma en el Concilio de Trento y continuó existiendo hasta las grandes reformas del Segundo Concilio del Vaticano en el siglo XX. Sobre eso trataremos mañana. Y surgió también la “Reforma radical”, que discutiremos hoy.

Bajo el nombre de “Reforma radical”, los historiadores incluyen toda una diversidad de movimientos y opiniones dispares que surgieron a partir de la Reforma Protestante y como parte de ella. Esto quiere decir que en realidad el nombre de “Reforma radical” es una nomenclatura cómoda para incluir a todos aquellos grupos, movimientos y pensadores que no son ni católicos romanos, ni luteranos, ni reformados, ni tampoco anglicanos. Se trata de movimientos que, a diferencia de los católicos, luteranos, reformados y anglicanos, no contaban con el apoyo de algún estado. En términos generales, podemos clasificar todos esos

movimientos en tres categorías principales, pero siempre recordando que aun esas mismas categorías son clasificaciones en las que se incluye toda una variedad de opiniones y prácticas. Dicho esto, las tres categorías fundamentales que se incluyen dentro de la Reforma radical son, en primer lugar, el anabaptismo; en segundo lugar, los llamados “espiritualistas”; y, en tercero, los racionalistas. Cada uno de ellos creía que era necesario encontrar un nuevo modo de ser cristiano.

Los anabaptistas insistían en que la reforma debía ser tal que la iglesia se asemejara en todo lo posible a la que se describe en el Nuevo Testamento. Esto quería decir que la iglesia no era lo mismo que la sociedad supuestamente cristiana, sino que era un grupo de creyentes de entre la sociedad que vivía según normas diferentes. En consecuencia, los anabaptistas no creían que se debía bautizar a niños pequeños por el solo hecho de haber nacido en una sociedad cristiana. Al contrario, el bautismo debía ser de adultos que afirmaran su propia fe personal. Fue por eso que se les dio el nombre de “anabaptistas”, que quiere decir “rebautizadores”. Aunque al principio hubo algunos anabaptistas que tomaron las armas con el propósito de traer el Reino de Dios por la fuerza, a la postre la mayoría de los anabaptistas fueron pacifistas, pues estaban convencidos de que el Nuevo Testamento les prohibía a los creyentes tomar armas o practicar violencia por cualquier razón. Perseguidos en todo el continente europeo, los anabaptistas continuaron existiendo en forma de pequeños grupos en los lugares en los que se les perseguía, pero muchos de ellos emigraron hacia lugares más hospitalarios. En Inglaterra se les persiguió tenazmente, y no se les daba refugio a los que venían huyendo de la persecución en el

Continente. Por esa razón, en tiempos de Wesley eran pocos los verdaderos anabaptistas que había en el Reino Unido. Lo que es más, la palabra “anabaptista” se usaba normalmente en forma peyorativa para referirse a cualquier persona o grupo disidente o que no perteneciera a una de las principales tradiciones religiosas que existían en el país, y en un sentido un poco más restringido para cualquiera que insistiera que solamente debían ser bautizados aquellos creyentes que pudieran hacer una afirmación de fe personal.

La influencia del anabaptismo se hacía ver sobre todo en los bautistas, quienes no eran verdaderamente anabaptistas, pero frecuentemente recibían ese nombre por su insistencia en el bautismo de creyentes, que era también una de las principales doctrinas de los anabaptistas. Lo que había sucedido era que, en tiempos de la hegemonía del puritanismo, algunos puritanos, influidos en parte por los anabaptistas, decidieron que el bautismo de párvulos era ilegítimo. Pero al mismo tiempo hay que señalar que en el resto de su teología los bautistas se acercaban más a Calvino y la tradición reformada que a los anabaptistas. Por eso, al igual que Calvino y el resto de la tradición reformada, rechazaban el pacifismo de los anabaptistas y se mostraban dispuestos a participar en la sociedad mucho más activamente que los anabaptistas, quienes en su mayoría sostenían que los verdaderos cristianos no podían participar de buena parte de las actividades y prácticas de la sociedad secular. Lo que es más, la influencia de Calvino sobre los bautistas fue tal que el movimiento se dividió entre los “bautistas particulares”, que eran quienes aceptaban la ortodoxia calvinista que insistía en que Cristo murió sólo – o “en particular” – por los elegidos, y los “bautistas generales”, quienes sostenían la posición

arminiana, que Cristo murió por todos.

En resumen, el principal modo en que Wesley tuvo contacto con la tradición anabaptista fue a través del movimiento bautista, que en realidad no era puramente anabaptista.

En segundo lugar, la “Reforma radical” incluye el movimiento espiritualista. Tal es el nombre que se le da a toda una variedad de posturas que, al tiempo que difieren entre sí, tienen ciertas características comunes. La principal de esas características es un subjetivismo místico, de tal manera que se piensa que lo más importante es la relación personal y directa con Dios, y que la iglesia y sus sacramentos tienen poca importancia. En buena medida, el movimiento era una protesta contra el dogmatismo de los teólogos y las liturgias frecuentemente complicadas de las iglesias. Como parte de esa protesta, algunos de ellos llegaban a decir que no necesitaban de una autoridad externa tal como las Escrituras, ni tampoco debían someterse a la disciplina de ninguna comunidad de creyentes. Algunos historiadores sugieren que este movimiento espiritualista es en realidad la continuación de algunas de las tradiciones místicas de la Edad Media tardía. Por su énfasis en la experiencia interna del Espíritu Santo, los reformadores frecuentemente les llamaban “entusiastas” – palabra que, como veremos más adelante, no quería decir lo mismo entonces que hoy.

El personaje más importante de ese movimiento en Inglaterra fue George Fox, quien vivió unos cien años antes que Wesley. El movimiento por él fundado, conocido como los “amigos” o

“cuáqueros”, sostenía que todo ser humano tiene una “luz interna” que le relaciona con Dios, y que por tanto los sacramentos de la iglesia no son necesarios. Lo que es más, Fox llamaba a las iglesias “casas con campanas”. Aunque perseguido por algún tiempo, el movimiento logró establecerse firmemente en Inglaterra, y sobre todo en las colonias británicas de Norteamérica. Wesley se refiere a ellos con mucha mayor frecuencia que a los anabaptistas.

El tercer movimiento que generalmente se incluye bajo el calificativo de “reforma radical” es un racionalismo que trataba de combinar el retorno al Nuevo Testamento con una crítica racionalista de las doctrinas cristianas. Puesto que la mayoría de ellos eran antitrinitarios, se les ha llamado también “reformadores unitarios”. El más conocido de ellos fue Miguel de Serveto, a quien ya nos hemos referido, pues su juicio y muerte se volvieron la más seria mancha en la Ginebra de Calvino. Pero también en Inglaterra, y hasta en la Iglesia Anglicana, hubo unitarios. En tiempos de Wesley, ese racionalismo del siglo XVI había evolucionado para venir a dar principalmente en el conjunto de doctrinas de los deístas o librepensadores. Al igual que los espiritualistas, estos librepensadores se rebelaban contra lo que les parecían ser las estrecheces de la ortodoxia doctrinal. Al tiempo que decían y creían defender el cristianismo y mostrar cuán razonable es, lo que el deísmo en realidad hacía era despojar al cristianismo de todo lo que no fuera estrictamente racional. Para el deísmo, en fin de cuentas el cristianismo es poco más que la religión natural a la cual su propia razón ha de llevar a la humanidad. Esto se ve claramente en el título mismo de la principal obra de Matthew Tindal, *El cristianismo es tan antiguo como la creación, o el evangelio es una réplica de la religión natural*.

Todo esto quiere decir que para entender la relación entre Wesley y la reforma radical hay que hacerlo bajo tres encabezados: la Reforma anabaptista, el movimiento espiritualista, y el deísmo.

En cuanto a lo primero, es decir, el movimiento anabaptista, es necesario repetir lo que ya hemos dicho, es decir, que Wesley parece haber tenido muy pocos contactos con el anabaptismo propiamente dicho. Las doctrinas de los anabaptistas se le presentaban mayormente en su encarnación bautista. Lo que quiero decir con esto es que, al tiempo que los bautistas concordaban con los anabaptistas respecto al bautismo de creyentes, no concordaban con ello en buena parte del resto de su teología. En otras palabras, la Reforma anabaptista hizo poco impacto en Wesley. Pero los bautistas sí.

Es por eso que cuando leemos en su *Nuevo llamado a personas razonables y religiosas* un comentario a quienes él llama “anabaptistas”, muy probablemente se está refiriendo, no a los verdaderos anabaptistas, sino a otros “rebautizadores”, es decir, a los bautistas. En este pasaje, está comentando acerca de los diversos grupos con los cuales él y la Iglesia de Inglaterra defieren. Tras referirse primero a los presbiterianos e independientes como “aquellos que están más cerca de nosotros”, trata sobre los anabaptistas, con quienes tiene diferencias teológicas serias. Pero su principal objeción es que, al tiempo que proclaman ideales muy altos, no los siguen:

Ustedes, a quienes se llama anabaptistas, aunque no por propia decisión, están un paso más adelante de nosotros. La pequeñez de su número, comparados con los

presbiterianos y los de la Iglesia (anglicana), les hace más fácil tener un conocimiento más de exacto la conducta de sus miembros, y el separar a los que no caminan de acuerdo a la doctrina que han recibido.

Pero, ¿se hace esto? ¿Todos sus miembros embellecen el Evangelio? ¿Son todos ellos santos como el que nos llamó es santo? Me temo que no. Conozco algunos ejemplos de lo contrario; y sin duda ustedes conocen muchos más. Personas profanas, externamente profanas, también en sus congregaciones. Gente que profana el día o el nombre del Señor, y que no honran a sus padres naturales o autoridades civiles. Personas que no mantienen sus cuerpos en santificación y honor; incontinentes en la comida o la bebida, glotones, sensuales, dados al lujo; que pecan contra la justicia, la misericordia, la verdad, en sus relaciones con el prójimo, y no caminan de acuerdo a la ley real... amarás a tu prójimo como a ti mismo.

¿Cómo puede ser esto consistente con sus principios rectores? Por ejemplo: [ustedes afirman que] “nadie puede ser admitido al bautismo hasta que tenga el arrepentimiento que hace olvidar el pecado y una fe viva en Dios por medio de Jesucristo”.

Porque si nadie puede ser admitido en una iglesia o congregación sin arrepentimiento y fe, tampoco podría continuar en la misma sin ellos. Y por lo tanto ningún pecador notorio podría permanecer entre ustedes, a menos que renuncien a su principio fundamental.

Propongo a vuestra seria consideración la hipótesis de que una razón por la cual gente sin santidad de vida es tolerada entre ustedes es que, tal vez inconscientemente, ustedes han puesto la opinión en el lugar de la fe y el arrepentimiento ¡qué error fatal es este! Suponiendo que su opinión sea correcta, una opinión verdadera sobre el arrepentimiento no reemplaza al arrepentimiento mismo. Y también pueden tener una opinión verdadera sobre la fe durante toda su vida y con todo morir como incrédulos.

Suponiendo que una opinión particular sobre la redención sea verdadera, qué poco vale para la salvación. Ciertamente, aunque supiéramos que nadie puede salvarse sin sostener esa opinión, de ahí no se concluye que se salvarán todos los que la tengan. La falta de tal opinión puede mostrar que alguien está en mal estado; pero la presencia de la opinión sola no basta para mostrar que alguien está en buen estado. Por tanto, cualquiera que dependa de una u otra opinión se apoya sobre un báculo de caña frágil.¹

Aparentemente, lo que más le preocupaba a Wesley del movimiento bautista no eran sus doctrinas mismas, sino más bien el modo en que insistían en ellas en detrimento de la predicación de lo que para Wesley era importante. Así, Wesley se quejaba de que tan pronto como los bautistas aparecieron en Inglaterra ...

¹ *Un nuevo llamado a personas saludables y religiosas*, Parte II, 3-4. *Obras*, 6:278. *Works*, 8:183-84.

Comenzaron de inmediato una disputa ardiente, no sobre cuestiones vitales del cristianismo, sino sobre el tiempo y la manera de administrar una de sus ordenanzas. En esto sus opiniones diferían completamente de la de todos los miembros de la Iglesia de Inglaterra, así que abiertamente declaraban su separación de ella, y no sin algunas censuras contra los que seguían como miembros de ella.²

Todo esto indica que, aunque Wesley estaba en total desacuerdo con los bautistas en cuanto al bautismo de infantes, lo que más le preocupaba no era este u otro punto de doctrina, sino el hecho mismo de que se insistiera de tal manera en la doctrina que se perdiera la esencia del evangelio. Aunque el ser cristiano requiere que se crean ciertas doctrinas, el creer en ellas no es lo mismo que la fe salvadora. Las doctrinas son importantes y necesarias, pero no bastan. Al contrario, la atención excesiva a los detalles de doctrina bien puede menoscabar la atención a la verdadera cuestión, que es la fe. En cierto modo, esto es muy parecido a lo que leemos en el ya citado sermón sobre el Casi cristiano. Como bien puede verse leyendo el contexto del largo pasaje que acabo de citar, tras todo esto hay otra preocupación aun de mayor importancia. Wesley aborrece todo lo que sea separación. El hecho de que los protestantes tuvieran que separarse del resto de la iglesia siempre le pareció una tragedia – tragedia inevitable, pero con todo y eso todavía tragedia.

En cuanto al bautismo mismo, Wesley sostenía la práctica y doctrina oficial de la Iglesia Anglicana. El bautismo debía administrarse a aquellos párvulos cuyos padres o guardianes lo pidieran. Pero ese bautismo no garantizaba la salvación de la persona ni tampoco su nuevo nacimiento. Wesley trata sobre la relación entre el nuevo nacimiento y el bautismo en el

² *Un nuevo ...*, Parte III, 4.7. *Obras*, 6:370. *Works*, 8:242.

siguiente párrafo, en el que, al tiempo que afirma el bautismo de párvulos, refuta a aquellos dentro de la Iglesia Anglicana que le critican por predicar acerca de un nuevo nacimiento:

Este comienzo de aquel vasto cambio interior se llama usualmente “nuevo nacimiento”. El bautismo es el signo exterior de esta gracia interior. Nuestra iglesia supone que esa gracia es otorgada con y por medio de este signo a todos los infantes, y a los de mayor edad si se arrepienten y creen en el evangelio. Pero ¡cuán ociosas son las discusiones sobre este tema! Al pecador yo lo digo: tiene que nacer de nuevo. Tú dices: “No, ya nació de nuevo en el bautismo, por consiguiente no puede nacer de nuevo ahora”. ¡Ay! ¿Qué insignificancia es esta? ¿Si era antes un hijo de Dios y ahora es un hijo del diablo? Si lo que hace son obras del diablo, no es cuestión de jugar con palabras. Esa persona debe pasar por un cambio total de su corazón. En uno que no haya sido bautizado eso se llamaría “nuevo nacimiento”. En uno que haya sido bautizado, llámalo como quieras. Pero has de saber que si tú o esa persona mueren sin pasar por este cambio, de poco les servirá su bautismo y más bien aumentará su condenación.³

Pero pasemos entonces a la segunda forma de la llamada Reforma radical que hemos mencionado, es decir, la espiritualista. En tiempos de Wesley, los principales exponentes de tal posición eran los cuáqueros. En el mismo tratado que venimos citando, tras referirse a los bautistas, Wesley dice acerca de los cuáqueros: “Hay una diferencia aún mayor, en algunos puntos, entre nosotros y los usualmente llamados cuáqueros”.⁴ Pero en realidad, tanto en este caso como en el anterior acerca de los bautistas, lo que Wesley está discutiendo aquí no son sus doctrinas ni sus prácticas, sino la insistencia en ciertos detalles de doctrina. Por eso dice bastante más adelante en el mismo tratado que “los cuáqueros volcaron su mayor energía en disputar las opiniones, los aspectos externos, más bien que en la predicación sobre la fe, la misericordia y el amor de Dios”.⁵ Pero en realidad las diferencias de Wesley con los cuáqueros van bastante más allá. Lo que le preocupa es que los cuáqueros son en cierto modo

³ *Un nuevo*, Parte I.1.5. *Obras*, 6:79. *Works*, 8:48-49.

⁴ *Un nuevo*, Parte II.3.5. *Obras*, 6:279. *Works*, 8:184.

⁵ *Un nuevo....*, Parte III.4.7. *Obras*, 6:370. *Works*, 8:242.

“entusiastas”.

En tiempos de Wesley, la palabra “entusiasta” todavía conservaba mucho de su sentido original, que era también el sentido en que Lutero la había empleado. Etimológicamente, en el griego de la antigüedad, el “entusiasmo” era una posesión o inspiración directa por los dioses. Por tanto no quería decir, como hoy, entregarse a una causa con dedicación, celo y vigor, sino que quería decir más bien pretender ser guiado por una inspiración directa e interna, más allá o aun en contra de las Escrituras, de la tradición y de la razón. Para el entusiasta, la “experiencia” era una revelación directa de Dios —revelación privada y privatizante que, según Wesley veía las cosas, era poco más que una demencia disfrazada de religión.

Recordando lo que vimos ayer, cuando Wesley habla de “experiencia” no se refiere a eso, sino todo lo contrario. La que Wesley propone es una experiencia que lleva al creyente a amar a Dios y al prójimo, a estudiar la Escritura con más ahínco, a relacionarse más estrechamente con la comunidad de fe, y por tanto a relacionarse también más estrechamente con la tradición de esa comunidad. En contraste, el “entusiasmo” centraba la atención sobre la luz interna de Dios presente en el creyente, de tal modo que la comunidad de fe, los sacramentos, y a veces hasta las Escrituras, venían a tener un valor secundario. En algunos casos, como el de los cuáqueros mismos, se rechazaban los sacramentos, puesto que estos eran símbolo de una realidad interna, y por tanto eran innecesarios.

Una razón por la que es importante entender esto es que a veces pensamos que cuando Wesley rechaza el título de “entusiasta” está respondiendo a las indudables críticas que había acerca del aparente desorden y a veces hasta alboroto que podía producirse en alguna reunión metodista. Como sabemos, el propio Wesley fue siempre un anglicano de posturas bastante tradicionales, y por tanto no gustaba de tales aparentes desórdenes o alborotos. Pero al mismo tiempo, cuando tales manifestaciones tenían lugar, las aceptaba. Un caso típico es lo que Wesley dice acerca del mismo Tomás Maxfield de quien hablábamos anoche, y cómo llegó a conocerle.

La primera referencia de Wesley a *Maxfield* se encuentra en su *Diario* para el 20 de mayo del 1739, es decir, cuatro días antes del primer aniversario de Aldersgate. Allí dice:

Temprano en la noche, cuando apenas había empezado a hablar en la calle Nicholas, fui interrumpido por los gritos de uno que había sido “tocado en el corazón”, y que con fuertes gemidos pedía perdón y paz. Pero seguí predicando acerca de lo que Dios ha hecho cuando otro cayó Un joven que estaba en pie detrás, con los ojos fijos en él, se desplomó como muerto. Pero pronto empezó a rugir y a golpearse contra el suelo, de tal modo que seis hombres difícilmente podían retenerle. Su nombre era Tomás Maxfield. Aparte de _____ [una persona cuyo nombre Wesley no da], jamás he visto a alguien tan quebrantado por el Maligno. Mientras tanto muchos otros empezaron a gritar al Salvador de todos, que acudiera en su auxilio, a tal punto que el tumulto se expandió por toda la casa —y por algún tiempo por toda la calle. Pero seguí predicando, y antes de las diez la mayoría de ellos habían encontrado paz para sus almas.⁶

Aunque esa cita nos aparta algo del tema, me parece importante detenernos en ella por unos instantes, pues por un lado da testimonio de los extraños fenómenos que a veces tenían lugar cuando Wesley predicaba, y por otra nos permite ver algo del modo en que el propio Wesley los

⁶ *Diario*, 20 de mayo, 1939. *Works*, 1:196.

interpretaba. En cuanto a lo primero, la cita no deja lugar a dudas: había quien gritaba, quien se sacudía violentamente, y quien caía desplomado. En cuanto a lo segundo, tampoco hay lugar a dudas: Wesley no ve tales fenómenos como obra del Espíritu Santo, sino más bien como obra del Maligno que se resiste al Espíritu. Por eso entiende que lo que Maxfield experimenta es que está “quebrantado por el Maligno”, y el resultado final de todo el tumulto no es más tumulto, sino más bien que “la mayoría de ellos habían encontrado paz para sus almas”. Por eso, aunque tales fenómenos ocurrían en la predicación al público en general, generalmente no ocurrían en las reuniones de las sociedades, donde se suponía que los participantes fueran ya creyentes en Cristo comprometidos a seguirle. Tampoco se esperaba que una persona tuviera tales experiencias repetidamente, ni se veía en ellas manifestación de una santidad especial, sino todo lo contrario: lo que estaba sucediendo era señal de lo difícil que le estaba resultando a la persona desprenderse de las ataduras del Maligno.

Es por esto que, al tiempo que Wesley rechazaba toda acusación de entusiasmo, sí podía aceptar las manifestaciones extrañas que tenían lugar en algunas ocasiones cuando él u otros metodistas predicaban. Tales manifestaciones eran para él resultado de la presencia del Espíritu Santo en la persona. Pero no se trataba de un entusiasmo o posesión divina, ya que lo que se estaba viendo en las actitudes extraordinarias de los creyentes no era directamente la obra del Espíritu Santo, sino más bien la resistencia del Maligno a la obra del Espíritu.

Volviendo entonces al tema de la postura de Wesley ante la Reforma radical espiritualista,

podemos decir que, al tiempo que afirmaba y alentaba el énfasis de los espiritualistas en la vida interna y en la moral, rechazaba su pretensión de tener una inspiración directa e individual del Espíritu Santo. Ciertamente, la obra del Espíritu Santo en el creyente es absolutamente necesaria, y Wesley escribe abundantemente sobre el tema. Sin el Espíritu Santo, sencillamente es imposible ser cristiano. Pero esa obra tiene lugar normalmente a través de los medios que Dios ha provisto, tales como las Escrituras, la iglesia y los sacramentos. Por tanto, no es mejor cristiano quien se aparta de los demás y de los medios de gracia que Dios ha provisto declarando que, puesto que ha recibido la inspiración del Espíritu Santo, ya no necesita de tales medios. Tampoco es mejor cristiano quien repetidamente tiene experiencias tales como sacudimientos violentos, caer por tierra, etc. Esa es la principal objeción de Wesley a las posturas espiritualistas.

Por último, debemos analizar la postura de Wesley ante la reforma radical racionalista, y en particular hacia el deísmo, que era la principal manifestación de esa tradición en época de Wesley. Unos pocos años antes de que Wesley tuviera su conocida experiencia de Aldersgate, Matthew Tindal había publicado su famoso libro ya mencionado, *El cristianismo es tan antiguo como la creación*, cuyo impacto fue tal que pronto se le dio el nombre de “la Biblia del deísmo”. Lo que allí se propone es que la verdad del cristianismo radica en su concordancia con la razón natural. El cristianismo no es una nueva religión ni tampoco el resultado de una nueva revelación. Es más bien la expresión de lo que la humanidad ha sabido en todo tiempo. Esto se ve en los títulos mismos de algunos de los capítulos del libro:

(Capítulo 2) Que la religión de la naturaleza consiste en observar aquellas cosas que nuestra razón, al considerar la naturaleza de Dios y del ser humano, y la relación en que estamos con él y entre nosotros, muestra lo que es nuestro deber, y que todo esto resulta claro.

(Capítulo 6) Que la religión de la naturaleza es absolutamente perfecta, y que la revelación externa no puede añadirle ni quitarle, y que la verdadera religión, ya sea revelada interna o externamente, ha de ser siempre la misma..

(Capítulo 13) Que quienes, para engrandecer la revelación, debilitan la fuerza de la religión de la razón y la naturaleza son enemigos de toda la religión.

En cuanto al contenido de esa religión, consiste ante todo en la existencia de Dios, que se da a conocer tanto en el fuero interno de la mente humana como en la naturaleza. Este Dios no se revela de manera especial a persona alguna ni en momento alguno, sino que su revelación es siempre la misma y constante, y está siempre al alcance de la razón humana. Por tanto, todo lo que sea reclamo de una revelación nueva o directa por parte de Dios ha de rechazarse.

Naturalmente, esto quiere decir que el cristianismo no tiene derecho de afirmar ninguna cosa que no le sea dada a conocer a la razón misma. Esto se refiere tanto a las doctrinas como a la vida moral. Los seres humanos sabemos por naturaleza lo que debemos hacer, y no necesitamos que Dios nos lo diga mediante alguna revelación especial. Todo lo demás, las doctrinas específicas del cristianismo, la idea de que Dios se ha revelado de alguna manera especial en milagros o en las Escrituras, o que está particularmente presente en los cultos y liturgias con que pretendemos servir a Dios, no es sino mera superstición.

En una época en que la iglesia se veía asediada constantemente por las dudas que iban surgiendo según se desarrollaba la ciencia moderna, hubo buen número de cristianos que

estuvieron dispuestos aceptar tal entendimiento de la fe. En tiempos de Wesley, había numerosos clérigos en la Iglesia Anglicana que en realidad eran deístas, y entendían que su tarea consistía en hacerle ver a su grey los motivos perfecta y puramente razonables por los cuales debían comportarse de cierto modo. Como era de esperarse, ese comportamiento que se esperaba de todos, y que supuestamente se fundamentaba en la razón universal dada a toda la humanidad, resultaba ser prácticamente lo mismo que la sociedad inglesa del siglo XVIII consideraba apropiado y decente.

Wesley no podía aceptar tal cosa. La idea de que hay una ética natural que todos los humanos conocen por naturaleza le parecía absurda. Ya en el año 1737, estando todavía en Georgia, cuando comentaba en su diario acerca de un grupo de prisioneros a quienes los indios chickasaws habían torturado y quemado vivos, Wesley aprovechaba la ocasión para señalar cómo esto contradecía la idea de una religión natural diciendo: “¡Esto sí es la naturaleza de la religión verdaderamente descrita!”.⁷ Y años más tarde, tras predicar acerca de las abominaciones que según él se cometían entre los habitantes originales de América, sigue diciendo:

Sería deseable que solamente los paganos hubiesen practicado esas obras burdas y palpables del diablo. Pero no nos atrevemos a decir tal cosa. Aun en cuanto a crueldad y derramamiento de sangre, ¡cuán pequeña es la distancia a la cual los cristianos vamos detrás de ellos! Y no solamente los españoles y los portugueses, matando a miles en Sudamérica. No sólo los holandeses en las Indias Orientales, o los franceses en América del norte, siguiendo paso a paso a los españoles. Nuestros propios compatriotas también se han revolcado en la sangre y han exterminado naciones extranjeras, demostrando así cuál es el espíritu que mora y obra en los hijos de desobediencia.⁸

⁷ *Diario*, 9 de julio, 1737. *Obras*, 11:30. *Works*, 1:52.

⁸ *Sermón* 38, 1.10. *Obras*, 2:386. *Works*, 5:482.

Luego, lo primero que le molesta a Wesley acerca del deísmo es su excesiva confianza en la bondad natural del ser humano y en el alcance de su razón. No son sólo los aborígenes norteamericanos quienes dan muestra de que el deísmo se equivoca en este punto, sino que lo hacen también las varias naciones europeas, incluso los ingleses. Como Calvino, Wesley está convencido de que poner las esperanzas de una vida ética en la virtud natural humana, o las esperanzas de alcanzar el conocimiento de Dios en la razón humana, es como plantar el pie en una peña resbaladiza.

En el extenso tratado que ya hemos mencionado repetidamente, Un nuevo llamado a personas razonables y religiosas, Wesley trata de refutar a los deístas mostrándoles cuán vana es su esperanza. Al igual que lo hace con otros grupos a quienes se dirige, Wesley centra su atención en las contradicciones internas entre lo que los deístas dicen y cómo viven. Pero en este caso la contradicción no es entre los altos ideales y las bajas prácticas, como en los otros grupos a que Wesley se dirige, sino que es más bien entre las altas aspiraciones y la imposibilidad de alcanzarlas por la sola razón o la supuesta “religión natural”. Wesley les dice:

Ustedes buscan la felicidad, pero no la encuentran. No se acercan a ella a pesar de todos esfuerzos. No son más felices ahora que hace unos años ¿por qué? Porque la buscan donde no pueden hallarla. En verdad, ¿qué hay en la tierra que pueda satisfacer a la larga a una persona de entendimiento? Su alma es demasiado grande para el mundo en que viY aquí estás: un pobre, insatisfecho habitante de un mundo inquieto, volviendo tus cansados ojos a uno y otro lado, buscando reposo sin encontrarlo. Pareces estar fuera de lugar: ni las personas ni las cosas que te rodean son las que quieres. Tienes una idea confusa de algo mejor que todo esto, pero no sabes dónde encontrarlo. Siempre estás ansiando por algo que no puedes alcanzar. No, ni aunque descieras hasta las partes más remotas de la tierra.... ¡Cuán grande es entonces el abismo establecido entre ustedes y la felicidad, en este mundo y en el venidero! ¡Bien pueden temblar ante la idea! Más aún cuando están por entrar en ese desconocido estado de existencia. Porque

¿cuál es la perspectiva que se abre cuando se encuentran al borde de la vida, listos para lanzarse a la eternidad? ¿En qué pueden pensar entonces? No ven nada delante de ustedes. Todo está oscuro y monótono.⁹

La razón por la que tales deístas no aceptan la verdad del cristianismo es que en realidad no se han topado con cristianos verdaderos. Como en tantos otros casos a que Wesley se refiere en este extenso tratado, hay una contradicción entre lo que los cristianos profesan y lo que hacen. Pero así y todo, la fe cristiana si tiene esperanza que ofrecer tanto a esos cristianos nominales como a los deístas mismos.

En su extensa refutación del deísmo en este tratado, Wesley no pretende convencer a sus lectores mediante argumentos cuidadosamente razonados. Eso sería sencillamente caer él mismo en una postura semejante a la de los deístas. En lugar de eso, lo que hace es mostrarles a los deístas que su supuesta religión natural de nada sirve, pues no da felicidad y esperanza. Bien puede el deísta convencerse de que lo que cree es razonable; pero lo cierto es que es inútil. En palabras con marcado tono lírico, Wesley trata de colocarse en el lugar del deísta, y se lamenta de lo miserable que ha de ser eso de servir a un Dios a quien no se ama, o de pretender amar a un Dios a quien no se conoce. Si Dios no se da a conocer, es imposible conocerlo. Ciertamente, como bien dicen los deístas, la existencia misma de la creación es prueba de la existencia de un creador. Pero eso no sirve de gran cosa si no se sabe quién o cómo es ese creador. Después de todo, es imposible dar un paso adelante en el conocimiento de Dios sin una revelación de Dios.

⁹ Parte II, 3.15, 16, 19. *Obras*, 6:294-95, 298. *Works*, 8:192-94, 196.

También se equivocan los deístas al llamar a la religión que Wesley profesa “entusiasmo”.

Wesley le recomienda a su lector deísta:

Deja eso para los fanáticos ciegos que hilvanan juntas algunas opiniones y un culto formal, y llaman a esa cosa pobre, insulsa y sin vida con el nombre sagrado de “cristianismo”. Tu bien podrías considerar esa clase de cristianismo como un simple caso de boato vacío, propio para dejar boquiabierto al vulgo, pero indigno de la consideración de gente inteligente.¹⁰

Frente a eso, Wesley invita a su presunto lector a recibir la revelación y gracia que Dios le ofrece, y termina esta sección de su tratado con una oración que invita a ese lector a hacer, empleando las mismas palabras y conceptos que aprendió del deísmo:

Oh, tú, el Ser de todos los seres, la Causa de todo, tú ves mi corazón, conoces mis pensamientos. ¡Pero cuán poco entiendo de tus caminos! No sé lo que está arriba, debajo o al costado. No conozco mi propia alma. Sólo sé esto: no soy lo que debo ser.... ¡Ten compasión de mí, tú que perduras para siempre! Compadécete de mí, que sólo tengo un breve tiempo para vivir. Me levanto y soy cortado como una flor. Me disipo como si fuera una sombra. Un poco más y retornaré al polvo, y no tendré más lugar debajo del sol.... ¡Oh, tú, amante de los seres humanos!, ¿no hay ayuda en ti? Yo he oído (lo que mi corazón no puede concebir) que tú te revelas a los que te buscan, y que derramas tu amor en sus corazones. Y que los que conocen y te aman caminan por el valle de sombra de muerte sin temer mal alguno. ¡Ojalá fuera cierto! ¡Que hay un don semejante para los seres humanos! Porque entonces yo podría tener esperanza. ¡Oh Dios, si es posible, dámelo! ¡Háblame, para que yo pueda verte! ¡Revélate a mí también como tú sabes! ¡De todas maneras, déjame conocerte y amarte para que pueda ser hecho a tu semejanza! ¡Que pueda ser amor como tú eres amor; que pueda ser feliz en ti; y que cuando tú lo quieras, caiga en el abismo del amor, y pueda gozarme en ti por todas las edades de la eternidad.¹¹

Como decíamos al principio, el término “Reforma radical” incluye en realidad una vasta variedad de posturas y prácticas. Hay una enorme diferencia entre la insistencia de algunos en seguir al pie de la letra las prácticas del Nuevo Testamento, y el racionalismo del deísmo, para el cual el

¹⁰ *Un nuevo*, Parte II, 3.23. *Obras* 6:302. *Works*, 8:199.

¹¹ *Un nuevo*, Parte II, 3.24. *Obras*, 6:303-4. *Works*, 8:199-200.

Nuevo Testamento tenía poco de “nuevo”. La necesidad entonces de crear un término tal como “reforma radical” es manifestación de la confusa variedad de doctrinas que existía en la Inglaterra de Wesley. Y esto a la vez nos puede servir de puente para nuestras reflexiones acerca de la pertinencia de Wesley para la situación nuestra en América Latina hoy. Acá también, como en la Inglaterra de Wesley, han llegado las formas más tradicionales del cristianismo: católicos, luteranos, reformados. Pero también existe acá una confusa variedad de creencias y prácticas. Hay quienes insisten en todo detalle de doctrina, a la manera de aquellos bautistas a quienes Wesley critica –que, gracias a Dios, no son todos los bautistas de hoy. Hay quienes se dejan llevar por un “entusiasmo” en el que parece que la fe cristiana consiste únicamente en tener experiencias extáticas y extraordinarias. Hay quien no acepta de la religión más que aquello que su razón parece dictarles.

Ante todo esto, podemos responder de diversas maneras. Podemos sencillamente colocarnos al nivel de quienes insisten en todo detalle de doctrina, y ser más wesleyanos que el mismo Wesley. Podemos tratar de competir con los “entusiastas” de hoy, reclamando más experiencias extraordinarias y alborotando más que ellos. Ante la creciente incredulidad de buena parte de nuestra población, podemos hacer alianza con los racionalistas de hoy, pretendiendo que lo que ellos dicen es prácticamente lo mismo que nuestra fe. Todo esto podemos hacer, y todo esto hemos hecho. Pero me temo que Wesley no concordaría con ninguna de estas actitudes.

Respecto a la primera, Wesley nos diría que, aunque las doctrinas son de suma importancia, la fe – el conocimiento de Dios en Jesucristo por obra del espíritu Santo – es más importante que

cualquier doctrina. Respecto a la segunda, nos diría que, aunque en ocasiones la lucha entre el Espíritu Santo y los poderes del mal es tal que resulta en aparente desorden, en realidad el Espíritu Santo es espíritu de orden, espíritu que nos lleva al gozo, sí; pero a un gozo que va unido a la paz y sosiego del amor de Dios. Y respecto a la tercera, nos diría que, aunque Dios nos ha dado la razón, y mediante ella podemos saber que Dios existe, también nos ha dado la revelación, sin la cual es imposible saber quién es Dios ni cuál es su actitud hacia nosotros.

Puesto que estas tres realidades – el dogmatismo idolátrico, el desorden descabellado, y el racionalismo optimista – son también las realidades de nuestra América, bien valdría la pena que los wesleyanos latinoamericanos hiciéramos de cada una de ellas campo fructífero para un diálogo más extenso entre la realidad de Wesley y la nuestra.

